

Internet entre el laberinto y la telaraña.

Fragmentos sobre el imaginario tecnológico posmoderno

Por Ricardo Diviani

Docente de Epistemología de la Comunicación – Escuela de Comunicación Social

I.

Una de las características sobresalientes de la cultura contemporánea – aquella del simulacro, la estética del fragmento, la saturación de imágenes, el dominio tecnológico, etc-, es la falta de referentes para articular una visión de conjunto de un sistema mundial que, producto de su enorme complejidad, se ha convertido prácticamente en irrepresentable. En este sentido, parafraseando a Frederick Jameson, quizás la posibilidad de cartografiarlo requiera la búsqueda de algún objeto más simple que funcione a modo de intérprete o expresión, objeto que en el posmodernismo puede ser un fenómeno mediático.

Internet, fenómeno mediático actual por excelencia, nos puede permitir pensar, a partir de las metáforas con las cuales es designada y las representaciones que de ella se hacen, no sólo una particular relación de los medios con la tecnología, sino también, las expectativas e imaginarios sociales que se proyectan, y de este modo intentar un pequeño mapeo que de cuenta de un modo aproximado, tal vez algo burdo, del funcionamiento de la totalidad social.

Sabemos que esta idea es conflictiva. En las últimas décadas la idea de totalidad ha sido exageradamente asociada a totalitarismo. Si se entiende totalidad como el sistema que implica un teleologismo determinista, en el sentido del movimiento hacia un fin definido, el recelo de su implicancia es justificado. Pero con totalidad, queremos referir a la necesidad de situar los fenómenos y las prácticas culturales en su articulación con las condiciones materiales, sociales y económicas.

Internet y todas las tecnologías de red, se inscriben en un momento histórico, caracterizado por una paulatina colonización de todo el ámbito de la cultura por parte de la producción mercantil. Colonización, que ya no permite diferenciar lo cultural de lo no cultural, o si se quiere, aquello denominado estructura y superestructura. Quizás la idea de globalización, como orden económico y social de nuevo tipo para esta etapa tardía del capital, es uno de los conceptos que mejor se adecue a la “era Internet”. ¿No hay una especie de yuxtaposición entre el sistema económico y cultural en la idea de “globalización”? ¿No hay una relación “orgánica” entre las redes de comunicación y el nuevo orden, a partir de un entramado de fenómenos como el proceso de desterritorialización, los movimientos migratorios, la “desaparición de las fronteras”, etc, y que tienen como principal concepto operador el “mercado”?

Como sugiere Toni Negri, es el propio capitalismo, con sus relaciones expansivas, el que se proyecta como una gran maquinaria de red. Su carácter desmaterializado (el fuerte dominio del capital financiero, especulativo, y el auge de la producción inmaterial), el debilitamiento de cierto orden asentado en los estados nacionales, y el surgimiento de un nuevo tipo de dominio, ya no “disciplinar”, sino de “control”, que se extiende mucho más allá de las instituciones tradicionales, por vía de redes flexibles, modulables y fluctuantes” es el que convierte prácticamente en impensable.

II

En los últimos años, la reconfiguración del pensamiento social ha situado a la analogía como un procedimiento de importancia primordial en la interpretación de los hechos y prácticas culturales. Las metáforas, en este sentido, han dejado hace tiempo de ser un elemento ornamental, decorativo o meramente figurativo del lenguaje retórico, para adquirir un estatuto de tipo cognitivo: una especie de “instrumento” que permite organizar conceptos y perfilar analogías sobre dos ordenes diferentes, estructurando nuestras percepciones y prácticas con el mundo que nos rodea. La metáfora, al tiempo que organiza nuestra experiencia vital, revela en cierto sentido, los imaginarios y representaciones que subyacen en las comparaciones y el tipo de interpretaciones y conocimientos que se construyen.

Es indudable que la metáfora sobresaliente que impregna el discurso sobre Internet, y en general sobre las redes informáticas, ha sido la del laberinto: Un sendero bifurcado, con infinitas posibilidades de recorrido, gigantesco entramado de caminos, bibliotecas y “textos”, que a menudo desembocan en rutas sin salida. Pero pareciera que esta analogía no sólo le cabe a esta tecnología, sino que nuestra experiencia en la vida contemporáneo es laberíntica: una especie de continuidad entre el mundo y la tecnología que permite adecuar –y hasta borrar– nuestra sensibilidad entre un “adentro” y un “afuera”.

Es el imaginario que se proyecta por ejemplo, en la película *The Matrix*: Una fusión o confusión entre lo “real” y lo “virtual”, entre las imágenes simuladas por ordenadores que explotan simbólicamente en los cerebros, produciendo una realidad artificial y la “real realidad” opacada y desbastada; ambas “realidades” entramadas en una experiencia laberíntica, en la que la desaparición de las fronteras de lo que esta por adentro y por afuera, se convierte en imperceptible. Podemos pensar en una película mas antigua aun, *El vengador del futuro*, en donde el protagonista concurre a un agencia de implante de memorias para revivir un alucinante viaje por el mundo de la aventura y el espionaje, escapando a su rutinaria vida y dando nacimiento a una “realidad” en donde también lo que es “verdadero” y lo que es “simulado por el implante” es prácticamente difuso.

Esta confusión entre lo real y lo virtual, es fundamentalmente expresión de las nuevas tecnologías de producción sintética de imágenes. Pero, habría que pensar también, si no es al mismo tiempo, el modo en que estas tecnologías se inscriben en el marco de una cultura, en donde la producción de un tipo de subjetividad, ha suspendido todo anhelo de referencia a los dolorosos procesos de dominación y poder propios del sistema social.

El laberinto es una de las más antiguas construcciones del pensamiento humano. Han existido, históricamente, laberintos de variados tipos (de piedras, arbustos, espejos, “virtuales” pintados o dibujados) y referidos a diferentes órdenes de representación simbólica: rituales, mágicos, lúdicos. Siempre han estado relacionados a un cierto nomadismo: viajes para despistar malos espíritus o recorrido del alma en busca de la verdad. Pero independientemente de sus diferencias, lo que determina a un laberinto como tal, es su condición arquitectónica de proyectar una salida.

Como dice Philip Quéau “El laberinto es a la vez mapa y territorio. Posee ambas naturaleza que cruza y combina. Es un espacio intermediario, mediador entre el plano y la trayectoria. Es un motivo para ejercer nuestro ingenio y nuestra voluntad. El laberinto ha de ser vencido, no

solamente contemplado. No puede seguir siendo un simple objeto de saber, debe ser una verdadera prueba iniciática, es el lugar y la ocasión de un paso. No hay que limitarse a la dimensión espacial o arquitectónica del laberinto, también hay que apreciar su dimensión formal e inteligible que nos incita a pasar de la confusión, al plano, y del plano al acto”¹

Ahora bien, también existe otra metáfora que ha estado, mas de una vez, vinculada a Internet: la tela araña. Es más, el gran laberinto hipertextual de Internet, la World Wide Web, significa la “gran telaraña mundial” y el lenguaje informático lo entiende de ese modo. Sin embargo, lo que a veces interpretamos como análogo, esconde grandes diferencias. En la telaraña, la araña “proyecta”, “construye” y “administra” su tela como una “trampa” para atrapar a sus presas. Así vemos que mientras que la metáfora del laberinto conlleva un dispositivo en donde la salida es su condición esencial, la lógica de la telaraña es la del encierro.

Es evidente, que las dos metáforas con que se suele representar a la red, en general, pretenden apuntalar y enfatizar el carácter descentralizado, polifacético y ramificado del sistema tecnológico, y la apuesta a una subjetividad descentrada, múltiple y nómada, que en su errancia va construyendo libremente sentidos. Sin embargo, a la lógica laberíntica, en la que cabe la posibilidad de construir mapas, le sucede la telaraña como entramado de líneas sin referente y sin sentido, en donde el sujeto se vuelve objeto-presa del sistema. La condición de perderse o de no encontrar salida, transforma al laberinto en telaraña. El laberinto se circula con intuición y en él tenemos la posibilidad de cartografiar el territorio. En cambio la telaraña, admite una multiplicidad de entradas, pero ninguna salida.

Podríamos decir que cada una de estas metáforas se tejen dos imaginarios diferentes. Pareciera ser que en que cada una se proyectara lo que podríamos interpretar de la propia sociedad: las utopías de una comunicación “transparente”, en la que a partir de la desaparición de un centro habilita la condición para un tipo de orden democrático y participativo o la de una perfecto panóptico o Big Brother de control total sobre los hombres.

En los primeros años de Internet estas dos posturas fueron las que, a partir de diferentes perspectivas, dividieron los discursos sobre las nuevas tecnologías: entre quienes consideraban que la Gran Aldea, destruía las diferencias, construía subjetividades mas libres y plenas, desembocando en una especie de fantástica y utópica comunidad global, y aquellos que no veían más que la puesta en acto del poder total de control sobre nuestras vidas, reduciendo la experiencia real a un fantasmático mundo simulado, (como el personaje de Truman Show, que como un verdadero objeto de consumo de los televidentes, no sabe que toda su vida cotidiana, es parte de un gigantesco show montado, en donde todo lo que lo rodea, hasta las propias personas cercanas a él, son parte del mobiliario).

La tensión entre “laberinto” y telaraña, entre una red descentralizada, sin dueño, libre, en la que los viajeros habitan nuevos espacios y construyen sentidos; y la de un “proyecto” que anhela la administración total de la vida, es la que puede ser pensada en el marco de una mirada de la totalidad. Tensión compleja entre la emergencia de una especie de “ciudad-mundo” producto de las tecnologías comunicativas, y el carácter cada vez mas pronunciado de la lógica imperativa del mercado, sobre todos los aspectos de la vida social.

Ante estas dos polaridades, creemos más productivo tener una actitud de desconfianza y sospecha, ante los discursos entusiastas que han visto en Internet, el surgimiento de una nueva era de liberación, y reivindicar, un mínimo de “paranoia” que de cuenta de la “materialidad” en que se inscribe Internet. Esta visión conspirativa, la del Gran Hermano que nos vigila a nosotros

como meros objetos de consumo, aunque no totalmente cierta, es la que permite pensar en un más allá de los simulacros de la libertad e igualdad que han saturado los discursos apologeticos sobre las nuevas tecnologías.

Tampoco es nuestra intención rechazar las nuevas tecnologías desde una perspectiva romántica, especie de retorno a un origen previo perdido, ni olvidar lo que Internet brinda y puede brindar como tecnología de la comunicación. Es decir, siguiendo los lineamientos de Frankfurt, queremos situarnos en el lugar en que una crítica a las tecnologías contemporáneas y su racionalidad, se inscribe dentro de una crítica a la sociedad en su conjunto.

III.

Las utopías de Internet como un sistema total sin fisuras (o capitalismo sin fricciones), representan tanto el ideal de un mundo pleno autoorganizado, como el fin de la exclusión entre el adentro y el afuera. Sin embargo “el laberinto tiene en sus espaldas el mundo exterior y la telaraña cuelga en las paredes o en los techos”.² En realidad, Internet en muchos sentidos no hace más que llevar a una escala mayor, toda la lógica de la economía mercantil. Sin embargo, es su “astucia” la que hace pensar en un borramiento del afuera, del “lugar”, del conflicto, de la historia, del horror de lo real. Es la saturación de la imagen del mundo posmoderno, de los simulacros en los que no hay “nada que representar”, sino su pura autorreferencialidad,

Como un gran shopping, especie de santuario del fetichismo de la mercancía, la Internet recrea ese “no lugar” en donde toda su arquitectura, su “orden” espacial, al tiempo que estratégicamente dispuesto para el consumo, permite la fantasía de un uso libre del tiempo de ocio. O, en realidad habría que decir, como incipientemente estaba presente en los teóricos de la Escuela de Frankfurt, cómo hasta el propio uso del tiempo libre es disciplinado a favor del consumo.

En Internet vemos cada vez más, las disputas de las grandes cadenas de medios, la publicidad por doquier, el pague y vea de la oferta erótica y sexual, etc. Como un proceso irreversible, la Internet pareciera ser cada vez menos un laberinto (en el sentido del viaje, del deambular, del juego conflictivo –ese del juguemos a que... entre la salida y el encierro) y cada vez más una telaraña. “Si en algún momento existió un periodo libertario de la Internet, ya es prehistoria: el ingreso masivo de usuarios exige la eliminación o domesticación de los pioneros...”.³ Así es, las promesas que evidenciaron esta posibilidad parecieran ir perdiendo fuerza: si la red se caracterizó en su comienzo, por el carácter descentralizado, en la que una infinidad de nodos se interconectan entre si independientemente de su localización territorial, lo que hacía imposible su control; en la medida que los oligopolios de software y hardware, las diferentes cadenas de la información y el entretenimiento fueron ocupando los “territorios” de la producción, la perdida de su carácter “democrático”, se ha ido evidenciando.

Podríamos decir que hasta la propia idea de “exclusión social”, tan afín al periodo posmoderno, se traduce en la red en analfabetismo informático o en falta de acceso al mundo global. Si nos fijamos en las estadísticas sobre el grado de conectividad, pareciera que los millones de personas en el planeta que no tienen acceso en el denominado “tercer mundo” representan un límite estructural, en donde el mercado exige para su inclusión capacidad de consumo. Es más, una de las características de la sustancia material del periodo posmoderno, es el nuevo entramado de la producción económica, caracterizado por su alto contenido simbólico. Es

interesante ver, en este sentido, cómo la red (tanto la Internet como la Intranet) se convierte cada día más en un espacio en donde la comunicación está íntimamente ligada a las nuevas características del trabajo inmaterial (de servicio, entretenimiento, etc). Esta nueva característica inmaterial del capitalismo encuentra en las redes comunicativa el intrincado proceso de las nuevas condiciones del sistema, en donde las comunicaciones juegan un papel central en los procesos productivos. Los slogan publicitarios que amenazan con “si no estás conectado perdés el tren o quedas fuera del mundo” o la apelación permanente al aprendizaje para el dominio de la computadora, como un valor fundamental de estos tiempos, es una especie de mandato disciplinario a favor de un nuevo tipo de trabajo. No estamos con esto defendiendo, obviamente, un tipo de trabajo previo, “natural”, sino solamente afirmando que la Internet cada vez se aleja más de es ámbito de libertad que fue su promesa. Las nuevas tecnologías de comunicación (telefónicas, de redes) parecieran ser en un punto, un perfecto panóptico, y sino, veamos las condiciones de los nuevos trabajadores conectados, que hasta han perdido ese límite entre “el estar en el trabajo” y el “estar fuera del trabajo”. Todo se ha convertido para ellos en tiempo de trabajo: conectados al nodo de la empresa, desde su casa el empleado es un especie de fuerza de trabajo disponible tiempo completo. ¿No hemos escuchados las quejas de los usuarios de teléfonos celulares, que ya no pueden ni siquiera “escapar” de los requerimientos laborales, se encuentren donde se encuentren?. ¿No ha confluído la tecnologías Internet, la red de telefonías celulares y los satélites, en una especie de dispositivos de control centralizado, por el cuál la localización espacial de los usuarios de telefonía móvil, impide hasta la estrategia de evasión de “me encuentro trabajando”, cuando las pantallas de los ordenadores indican que se encuentra en otro lado?

VI

En el nuevo escenario del capitalismo tardío, en donde el principal concepto operador es el mercado, la idea del fetichismo de la mercancía adquiere nuevamente dimensión preponderante. La idea de fetichismo designa ese proceso en el cuál el culto a la mercancía, imposibilita al sujeto percibir las complejas relaciones sociales, de poder y dominación, que hacen posible la producción de esos objetos mercantiles. En el nuevo orden mundial, pareciera que la producción de imágenes, se ha convertido en uno de los principales objetos de esta industria cultural, una producción de representaciones, ya no solo para ser consumidas sino también, fundamentalmente, destinadas a producir subjetividades. Un tipo de subjetividad, en donde la proliferación del fragmento y del simulacro, dificulta la restitución de la distancia crítica, de la apuesta a un sujeto histórico, de un compromiso ante los conflicto de las realidades sociales y políticas, del reconocimiento de la opresión y la barbarie como realidades concretas. Como sostenía Adorno, se teme pensar el todo, porque se duda en poder transformarlo.

A Internet quizás le cabe en gran parte ese concepto que fue clave en el pensamiento del siglo XIX y que el surgimiento de los medios masivos de comunicación situó en un nuevo orden: el de tedio, que designa una forma de goce por la indiferencia y en el que el sujeto se libera de todo conflicto con su realidad. O como dice Billy Gate, desde otro lugar: “Uno de los aspectos maravillosos de la autopista de la información es que la equidad virtual es mucho más fácil de lograr que la equidad del mundo real (..) En el mundo virtual todos somos criaturas iguales.”

Esta percepción, de que la “realidad no existe”, o de la posibilidad de un mundo virtual de plenitud total (con sus relaciones sexuales, amistosas, laborales, etc), pareciera ser una especie de “goce por la indiferencia” de lo que está por fuera. Después de todo, la igualdad en el mundo virtual es mucho mas factible que en el mundo real.

Es por ejemplo, desde otro lugar, la teoría del hipertexto. El hipertexto electrónico, ha sido el modelo de este tipo virtual de laberinto. Se ha entendido al hipertexto electrónico como una especie de concretización del propio laberinto del pensamiento al estilo de la teoría de Barthes o del pensamiento posestructuralista. Landow, en esta perspectiva, ha asociado los postulados de una teoría crítica de la lectura, con el hipertexto electrónico, en tanto ambos han cuestionado las nociones de centro, margen, jerarquía, para sustituirlo por otras que dieran cuenta de la multilinealidad, nodos y nexos en la lectura de un texto.

Si la presencia de otros textos en la teoría de la intertextualidad es su condición, los link que aparecen en la pantalla del hipertexto y que llevan a otros textos, son la visibilidad de lo que aparecía sólo en el pensamiento. Es decir, el hipertexto permite visualizar lo que era invisible. Es en síntesis, el paso de la opacidad a la transparencia. Este paso, entendemos, es el que hace a la gran diferencia entre uno y otro: la opacidad es un momento en donde la imaginación, la reflexión, “el levantar la cabeza” (“¿Nunca os ha sucedido, leyendo un libro, que os habéis ido parando continuamente a lo largo de la lectura, y no por desinterés, sino al contrario, a causa de una gran afluencia de ideas, de excitaciones, de asociaciones?” dice Barthes) tiene como lugar central la interpretación (ya que interpretar vuelve opaco lo aparente, es la búsqueda de lo no dicho, es la sospecha de que se esconde algo ausente detrás del texto, algo que está invisible). En cambio los links del hipertextos, piensan por nosotros, están todos allí, dispuestos para que dirijamos nuestra mirada y nuestro clic de mouse.

Zizek sugiere con respecto a los novedosas tecnologías de comunicación, que más que tratarse de medios interactivo, habría que decir que son interpasivos. El esloveno pone como ejemplos, entre otros, a esos programas o show televisivos en donde hasta el propio efecto buscado de la risa del televidente, está anticipada en los enlatados que ríen por nosotros. Habría que preguntarse, en relación a la diferencia entre el hipertexto y la intertextualidad, si no hay algo de eso, en tanto el gesto de conectar, más que una tarea interpretativa, esta determinado por la asociación que hizo otro. Volvemos sobre esto: no se trata de un lamento, ni mucho menos, sobre la pérdida de tal tipo de lectura a manos de tal otra (parecida a aquellas discusiones sobre el ocaso del libro), o de suponer estrictamente que la lectura hipertextual es pura pasividad (ante cualquier texto hay interpretación) sino de preguntarnos si las miradas que dimensionan el rol activo del viajero de la web, fundamentalmente cuando se la compara con la del libro tradicional, no han sido un tanto ingenua.

VI

A riesgo de caer en un vago instrumentalismo, podríamos interpretar las nuevas tecnologías de comunicación de un modo ambivalente, del mismo modo que muchos interpretaron el propio capitalismo como lo peor y lo mejor que le pasó a la humanidad. Internet es lo peor, en tanto dispositivo asentado en una racionalidad instrumental, pero que al mismo tiempo, permite imaginar una reorganización de la sociedad sobre bases más “racionales”, esto último producto de lo que la propia red ha generado: la destrucción simbólica de las fronteras nacionales, la emergencia incipiente de una especie de inteligencia colectiva y colaborativa, la caída de un poder centralizado, y la explosión de diferentes identidades y subjetividades.

Quizás nos podríamos preguntar también, - y esta vez a riesgo de ser un tanto esquemáticos- si, como parecen afirmar autores como Negri y Zizek, no habrá algo en relación a las nuevas tecnologías en red que recuerden aquella vieja tesis de Marx que decía: “Al llegar a una

determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o lo que no es más que una expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de la cuales se han desarrollado hasta allí".³.

En este sentido, reivindicar la salida presente en la metáfora del laberinto, es una apuesta a una restitución de la totalidad social (de la historia, la política, la economía) ante una proliferación de la puesta en acto de tantos simulacros, de mundos evanescentes, realidades virtuales, sabiendo, quizás, que representar lo real es y siempre, fue un imposible, pero que el intento es imprescindible para lograr un distanciamiento crítico que permita un tipo de subjetividad capaz de plantear su anhelo de comprender el mundo, como un modo de comenzar a transformarlo.

Esta restitución de lo real, de su opacidad ante los simulacros de la transparencia, puede ser un antídoto ante el olvido de que detrás de todo documento de cultura se encuentra siempre un documento de la barbarie.

NOTAS.

1. QUÉAU, Philippe *Lo virtual*. Paidós, Bs.As. 1998; p 82
2. FERRER, Chistian *Mal de ojo*. Colihue.1996; p 40
3. MARX, Carlos *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones Estudios. Bs. As. 1975; p 9

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor, HORHEIMER, Max. *Dialéctica del iluminismo*. Sudamericana, Bs.As. 1987.
FERRER, Chistian. *Mal de ojo*. Colihue, Bs. As. 1996
GRUNER, Eduardo. *El sitio de la mirada*. Editorial Norma, Bs As.2001
HORKHEIMER, Max. *Teoría Crítica*. Amorrortu editores. Bs.As, 1998
JAMESON, Fredic. *La estética geopolítica*. Paidós, España. 1995.
JAMESON, Fredic. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*. Paidós. Bs.As. 1992
LANDOW, Georg. *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*. Paidós. Bs.As. 1998
MALDONADO, Tomás. *Crítica de la razón informática*. Paidós. Bs.As. 1998
MARX, Carlos *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones Estudios. Bs. As. 1975
NEGRI, Antonio; HARD Michael. *Imperio*. Paidós, Bs.As. 2000.
QUÉAU, Philippe. *Lo virtual*. Paidós, Bs.As. 1998.
ZIZEK, Slavog. *El acoso de las fantasías*. Siglo XXI México.1999.
ZIZEK, Slavog. *El espinoso sujeto*. Paidós. Bs.As. 2001.